

Jennifer Clement

La vida no vale nada

Guadalupe Alonso

A un año de la desaparición de 43 estudiantes de la Escuela Normal Rural de Ayotzinapa, el 26 de septiembre de 2014, es pertinente volver a un libro que, si bien no se refiere al hecho mismo, arroja luces sobre la situación que prevalece en la sierra de Guerrero frente a la amenaza del narco. *Ladydi* (Lumen, 2014), de Jennifer Clement, comenzó a circular en México casi en paralelo a la tragedia de los normalistas asesinados que cimbró a la sociedad y destapó las cloacas de la corrupción, la impunidad y el contubernio entre la autoridad y la delincuencia. Este acontecimiento no está aislado de otros que descubren la cruda realidad en la que transcurre el día con día en algunas zonas del segundo estado más pobre del país. La violación, el secuestro y la trata de mujeres jóvenes conforman la materia de un relato aterrador y al mismo tiempo dotado de gran belleza.

Escrita originalmente en inglés bajo el título *Prayers For The Stolen*, la novela de Clement fue reconocida con el NEA Fellowship for Literature y ha circulado en más de doce países de lengua inglesa. Quizás el título en español no resulte tan elocuente; sin embargo, remite a un estrato de la sociedad mexicana, sobre todo en comunidades rurales, que suele acuñar nombres de personajes famosos para bautizar así a sus hijos. En este caso, *Ladydi* tiene una doble connotación, la de una princesa británica y la de una niña originaria de un pueblo perdido en las montañas de Guerrero. Ambas unidas por un destino trágico.

La novela se sitúa en esa *tierra caliente de árboles de hule* donde *el calor, las iguanas, las arañas y los alacranes mandan*. *La vida no vale nada*. Ladydi García Martínez

narra su historia al lado de Rita, su madre, y un grupo de mujeres que conviven en este lugar apartado con apenas lo necesario para sobrevivir. Todas enfrentan sus días solas, abandonadas a un destino aciago bajo la constante e inevitable amenaza del narco. *Mi madre lo decía a cada rato: la vida no vale nada. También aludía al viejo y famoso corrido como si fuera un rezo: si me han de matar mañana que me maten de una vez.*

Casi once años de investigación anteceden a este libro que indaga sobre la violencia hacia las mujeres y el modo como les ha afectado. El centro del trabajo de Clement está basado en entrevistas con ellas, con mujeres escondidas en zonas marginadas de Guerrero: en la Barranca Dulce, municipio de Acatepec; en las afueras de Chilpancingo; en la vieja y la nueva carreteras de Acapulco, así como en la cárcel de Santa Martha. El estrecho vínculo de la autora con estas tierras le ha permitido convivir con su gente y ser testigo del infortunio que sella sus vidas. Nacida en Connecticut, en 1960, Jennifer Clement llegó a México cuando apenas tenía un año de edad.

Es notable, aunque no extraña, dada la situación que se vive en México, que en los últimos años haya proliferado la literatura sobre temas relacionados con el secuestro y el narcotráfico. Dentro de esta cascada de títulos que van del ensayo y la crónica a la novela, el texto de Clement se prefigura desde una mirada distinta. Y es que ella se aproxima a este drama a través de la poesía, su quehacer principal. A diferencia de un sociólogo, un antropólogo o un periodista, lo que busca Clement es la experiencia poética, la metáfora. Sin duda, a ello se debe la calidad y la

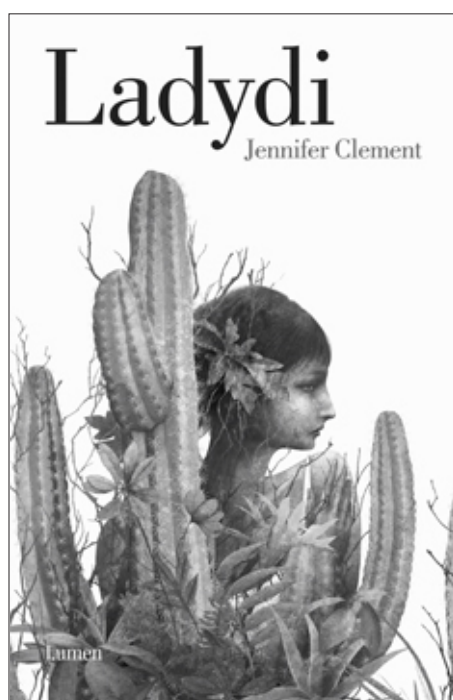
fuerza de la prosa, así como los matices que logra al describir la barbarie. Es, sin duda, la voz del poeta lo que le permite alcanzar un tono tan conmovedor. Además, subraya la autora, “es una visión muy amorosa, una especie de réquiem. No me interesa retratar el drama a través de una prosa delirante, sino expresar cómo lo divino y lo profano conviven, al igual que la fealdad y la belleza. Por otro lado, *Ladydi* es un libro que habla sobre el dolor de vivir sin hombres, la frustración, el enojo que experimentan las mujeres ante esa pérdida y el modo como ejercen el poder y toman revancha”. *En nuestra montaña no había hombres. Era como vivir donde no había árboles. Era como ser manco, decía mi madre. Estar en un lugar sin hombres es como dormir sin sueños.*

Cabe destacar el interés de Jennifer Clement por la situación de la mujer desde una mirada que subraya la soledad, el abandono, el maltrato, la esclavitud. Libros como *La viuda Basquiat*, *El veneno que fascina* o *Una historia verdadera basada en mentiras* dan cuenta de una sensibilidad dirigida a este sector y las adversidades que enfrentan en un mundo donde esos graves problemas no acaban de resolverse. Desde esta perspectiva, a la que se suman el secuestro, la trata y el asesinato de mujeres, no sorprende que su más reciente novela haya tenido repercusión en otros países. “Se trata de una novela muy mexicana”, dice Clement, “sin embargo, su temática se inserta en una problemática universal. En Atlanta, por citar un ejemplo, se estima que al menos 300 niñas al mes son susceptibles de tráfico, con lo que uno puede imaginarse cuáles serían las cifras en otros lugares. En México no hay metodología para tener una idea real

acerca del tráfico de mujeres”. Sobre este punto, vale la pena citar un informe sobre las condiciones de vulnerabilidad que propician la trata de personas en México, elaborado por la Comisión Nacional de los Derechos Humanos y el Centro de Estudios e Investigación en Desarrollo y Asistencia Social. En él se asienta que en los últimos años, “el tráfico de mujeres con fines de explotación sexual es el segundo negocio más lucrativo en México, después de las drogas”. Cifras más actuales, como los reportes que publica mensualmente el Sistema Nacional de Seguridad Pública, revelan que los asesinatos en el estado de Guerrero han ido en aumento. Representan el 10.5 por ciento del total del país, a diferencia del 8.5 por ciento en 2014. Asimismo, fue en aumento el número de plagios: una de cada diez víctimas en el país es plagiada en Guerrero. A ello habría que agregar que esta es la zona donde se registran más agresiones a periodistas (*El Universal*, 3 de agosto de 2015).

La voz de Ladydi, sobria y contundente, alerta al lector, desde sus primeras líneas, sobre la desgracia que acecha a las jóvenes en ese entorno: *De chica mi madre me vestía de niño y me decía Niño. En nuestra montaña nacían puros niños, y algunos se volvían niñas al rondar los once años; luego tenían que volverse niñas feas que a veces tenían que esconderse en hoyos en la tierra.* Dar a luz a una niña en ese territorio es una desgracia. Las madres, conscientes del peligro que corren, tratan de disimular los rasgos femeninos de sus hijas. Las visten como hombres, les cortan el pelo, pintan sus caras, las engordan con trapos y hasta llegan a romperles los dientes para esconder su atractivo. La femineidad, con todo lo que implica, les está negada. Al tiempo que estas niñas se desarrollan, el peligro aumenta. Por eso, las madres, desesperadas y seguras de que sus niñas algún día les serán arrancadas, cavaban hoyos en la tierra. Ahí se resguardan del asedio de los narcos. *Éramos como los conejos que se esconden cuando un perro hambriento anda suelto en el campo, un perro que no puede cerrar la boca, y su lengua saborea ya el pelaje de sus presas. Un conejo golpetea con su pata trasera y la señal de peligro viaja por el suelo y alerta a todos*

en la madriguera. En nuestra comunidad, una alerta era imposible, pues vivíamos desperdigadas y vivíamos muy lejos unas de otras. Aunque siempre estábamos atentas y tratábamos de aprender a oír cosas muy distantes [...] En cuanto alguien oía el ruido de una camioneta acercándose, o veía un punto negro a lo lejos o dos o tres puntos negros, todas las muchachas corrían a los hoyos [...] Aquellas Escalade negras de la Cadillac, de cuatro puertas con vidrios entintados, llenas de narcos y ametralladoras, eran como el caballo de Troya, o eso decía mi madre.



¿Cómo sabía de Troya una mujer mexicana que vivía sola con su hija en el campo en Guerrero, a menos de una hora de Acapulco en coche y a cuatro horas en mula? La única forma de tener contacto con el mundo, con una realidad más allá de las cuatro paredes y el piso de tierra en el que viven estas familias hembras, aisladas en un sitio donde lo que menos vale es la vida, es la televisión. Para Rita, la madre de Ladydi, la antena parabólica funcionaba como vehículo para fugarse y, al mismo tiempo, acceder a un mundo fabuloso que la enriquecía. *Mi madre era adicta a los documentales históricos y al programa de Oprah Winfrey. En mi casa había un altar a Oprah, al lado del de la Virgen de Guadalupe.* Para Clement, ese conocimiento televisivo del que se ufana Rita, se plan-

tea como una cuestión filosófica: “¿Qué es este conocimiento que llega desde la televisión? ¿Qué se aprende y en qué contexto opera la doble realidad a la que te somete la televisión?”.

En ese ardiente-infierno-miserable-dejado-y-olvidado-de-la-mano-de-Dios no hay salida posible. Las mujeres cuyas hijas son robadas no tienen a quién acudir. Para ellas, el miedo es parte de la rutina; la palabra libertad ha perdido su significado; la impunidad se ha vuelto lugar común. Sin otra intención que no fuera la de poner en evidencia la situación de las mujeres en las montañas de Guerrero, la soledad, el acoso y la violencia a los que están expuestas, *Ladydi* se plantea como una novela de protesta social. Si la tragedia de Iguala fue la gota que derramó el vaso y movilizó a una sociedad harta ya de funcionarios corruptos y bandas criminales, el libro de Clement viene a colocar una pieza más en el mapa de la injusticia y el desamparo que enfrenta la mujer tanto en México como en otras partes del mundo. “En el discurso sobre este tema”, dice la autora, “se escuchan las voces de las ONG, los abogados, los políticos y otras agrupaciones, pero también hay un lugar para que las artes alcen la voz sobre uno de los problemas más graves de nuestros tiempos: el tráfico de personas y la esclavitud”.

La de *Ladydi* es la voz de una mujer que no esperaba nada mejor, sabía y sabe que nadie la va a salvar, nadie la va a proteger. Es justamente la resignación lo que define las vidas de las mujeres del lugar y lo que provoca que al lector le hierva la sangre mientras avanza en esta novela. Aquí resuena con todo su poderío la sentencia de Honoré de Balzac: “La resignación es un suicidio cotidiano”.

No me llamo Ladydi por la belleza y la fama de Diana. Me llamo Ladydi por su vergüenza. Mi madre decía que lady Diana había vivido la verdadera historia de la Cenicienta: clósets llenos de zapatillas de cristal rotas, traición y muerte. Mi nombre fue la venganza de mi madre.

Allá en las montañas de Guerrero, “no vale nada la vida; la vida no vale nada”. **U**

Jennifer Clement, *Ladydi*, traducción de Juan Elías Tovar, Lumen, México, 2014, 236 pp.